

# Todos los parpadeos, los latidos, los aplausos

“El arte como autosatisfacción puede tener su propia importancia, sobre todo para el artista. Si quiero ser completamente sincero, debo considerar el arte (no solo el arte cinematográfico) como algo intrascendente. Literatura, pintura, música, cine y teatro se procrean y se dan luz a sí mismos. [...] Si a pesar de ello afirmo que quiero seguir haciendo arte es porque hay una razón muy sencilla. La razón es la curiosidad. Una insoportable curiosidad, ilimitada, jamás calmada, constantemente renovada, que me empuja hacia adelante, que nunca me da descanso...”. (Ingmar Bergman, 1965)

No descansó desde luego, ni antes ni después de aquel discurso por la concesión del premio Erasmo, y que serviría de prefacio a su deslumbrante, imperecedera *Persona* (1965). Pero incluso mucho antes de realizar esa película de la que hoy es imposible disociarle –un salto sin red al apogeo de la modernidad, una fuga de mascaradas y pantallas en combustión cuya onda expansiva no parece tener fin–, Ingmar Bergman ya había sido objeto de dos



retrospectivas en la Cinémathèque parisina. A propósito de la segunda, en 1958, con apenas diecinueve filmes en el haber del sueco, Godard escribió que era “el autor más original del cine europeo moderno”, “el cineasta del instante”, y que sus películas eran como “el cine entre dos parpadeos, la tristeza entre dos latidos, el gozo de vivir entre dos aplausos” (“Bergmanorama”, *Cahiers du cinéma*, nº85, Julio 1958). A esas tristezas y esos gozos volvemos invariablemente sesenta años después. Y volvemos ahora que el genio detrás de ellas hubiera cumplido el siglo de existencia.

Se harán necesarios cuatro meses –abril, mayo, junio y julio– para dar cabida en el Doré a todos los parpadeos, latidos y aplausos en los que Bergman encerró el mundo, su mundo, un continente en sí mismo, a lo largo de más de medio centenar de títulos. Cine y televisión caben

en “Centenario Todo Bergman”, incluso esos “regocijos” de los que habló en sus memorias de trabajo *Imágenes*, spots publicitarios para el jabón Bris o las comedias que surgieron por la misma razón que la publicidad, porque “debían producir beneficios”. Tras el momento en que la retrospectiva (trazada en orden cronológico) llegue a la testamentaria *Saraband* (2003) en los días de su nacimiento (14 de julio) y su muerte (un 31 de julio en el que también se marchaba Michelangelo Antonioni), habrá una pausa de tres meses hasta retomar en Filmoteca Española el tributo al gigante autor de la isla de Faro y proyectar algunos de los múltiples destellos que su obra, efectivamente como un faro, ha alumbrado en los cines y cineastas que le siguieron.

Antes que ningún otro, incluso que Rossellini, trajo la libertad de la sensualidad y el escándalo, del celuloide hecho carne, para que Harriet Anderson mirara directamente al espectador haciéndole cómplice de su hastío y su erotismo en *Un verano con Mónica* (1953). Pero el mismo año en que filmaba esa suerte de neorrealismo nórdico, también hizo *Noche de circo*, su contrapartida estilística, anclada en el barroquismo y el control. Tantas obras maestras, tan distintas, expresan la capacidad del sueco para que su cine trazara un espejo del espíritu, el suyo y el de los tiempos que vivió, con todos sus traumas, sueños y desencantos, también con todas sus incertidumbres y riesgos formales. De la carne se alzó a la angustia por el silencio divino –su trilogía de la fe, su movimiento de repliegue hacia la depuración intimista–, y de ahí descendió de nuevo a los hombres y a los artistas, a su imposible redención, a las crisis del individualismo que imposibilitan la convivencia en pareja –también del mismo año, 1973, son las monumentales *Gritos y susurros* y *Secretos de un matrimonio*–, a las dos décadas de silencio cinematográfico reservándose para el definitivo epílogo a obra tan expansiva, donde la ambigüedad moral y el alma de los hombres y mujeres ocuparon siempre el centro gravitatorio. Nada más quedó por decir. Como el propio Bergman definió el cine: “Veinticuatro imágenes iluminadas por segundo, y tras ellas la oscuridad”.

## Artistas mayores

Como todo artista mayor, su prestigio se disputó en las posturas encontradas. Su reputación sulfurosa –“colérico, egocéntrico, torturado, manipulador, preso de una erotomanía galopante que le llevó a casarse con seis mujeres y a relacionarse con muchas otras”, al decir de Jacques Mendelbaum– también intervino en los juicios artísticos. Para Marguerite Duras era la encarnación de un cine con pretensiones culturales, una impostación intelectual que encontró su tiempo justo, y la controversia siguió persiguiéndole en su tumba con el artículo/obituario de Jonathan Rosenbaum, titulado “Escenas de una carrera sobrevalorada” (*The New York Times*, 4.8.2007), que tanta cola trajo en los debates de la cinefilia del siglo XXI. Concedía entonces el crítico norteamericano a Bergman la pertinencia de sus películas, “que siempre quedarán como hitos en la historia del gusto”.

En esa historia del gusto, que también es la del cine, el autor de *El séptimo sello* (1957), de *Fresas salvajes* (1957), de *El rostro* (1958), de *El manantial de la doncella* (1960), de *Los comulgantes* (1963), de *La hora del lobo* (1968), de *El huevo de la serpiente* (1977), de *Sonata de otoño* (1978), de *Fanny y Alexander* (1982)... parece haber hecho méritos suficientes, y dejado una huella tan honda tras su paso, que arañarle autoridad y preeminencia en las conquistas del lenguaje cinematográfico se antoja cuanto menos cicatero. En todo caso será el espectador, el que regresará a las obras y el que las descubrirá en el Doré, quien deba ahora renovar su curiosidad y empujarle a establecer su propia valoración sobre el lugar que el cine de Bergman, con todos sus latidos y parpadeos, ocupa en las imágenes descreídas del presente.

En colaboración con la Embajada de Suecia, el Swedish Institute y The Bergman Foundation, la retrospectiva “Centenario Todo Bergman” traerá a Filmoteca Española una serie de coloquios, presentaciones y exposiciones que, si nada se tuerce hasta entonces, culminará con un redoble final extraordinario y memorable, bajo palabra de una dama íntimamente ligada a la obra y la vida bergmaniana. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos, dado que el regocijo y el entusiasmo de abril nos lo trae otra visita estelar, la del maestro de la luz Vittorio Storaro, en el marco de la retrospectiva a Carlos Saura. ●

**Carlos Reviriego**  
Director de Programación  
Filmoteca Española